

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 6, NÚMERO 2,
DOSIER: REALIDADES ALTERADAS, METODOLOGÍAS DISLOCADAS
SEGUNDO SEMESTRE DEL 2023

ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



El conocimiento secret(e)ado. La producción social de la opacidad y el secreto

Secreted Knowledge: The Social Production of Opacity and Secrecy

Zenia Yébenes Escardó
Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa, México

Resumen

En diciembre de 2019, meses antes de que se declarara la pandemia de COVID-19, un incendio asoló el mercado de La Merced en la Ciudad de México. A raíz de ese evento catastrófico, cuyas consecuencias persisten hasta el día de hoy, este artículo propone la existencia de un modo de conocimiento social, el conocimiento secretado, para explorar la producción colectiva de opacidad y secreto. El artículo se divide en cuatro secciones. En la primera introduzco brevemente al lector en la noción de conocimiento secret(e)ado que se desarrollará a lo largo del artículo y me pregunto por su relación con un conocimiento basado en criterios objetivos y en la evaluación mediante el distanciamiento. En la segunda, nos adentramos en el mercado de La Merced para comprender sus características y su dinámica. En la tercera, observamos las formas de manifestación y producción del conocimiento secret(e)ado: las “vibras” los “veintes” y la vinculada a los rumores, la brujería y los sueños. Finalmente consideramos por qué este conocimiento secret(e)ado sería un conocimiento realista si bien se trataría de un realismo oscuro.

Palabras clave: rumor, sueño, brujería, epistemología, tiempo.

Abstract

In December 2019, months before the COVID-19 pandemic was declared, a fire devastated the La Merced market in Mexico City. As a result of that catastrophic event, whose consequences persist to this day, this article proposes the existence

Recibido: 14-04-2022. Aceptado: 30-05-2023



Zenia Yébenes Escardó es Doctora en Filosofía por la UNAM y Doctora en Ciencias Antropológicas por la UAM-Iztapalapa. Trabaja como Profesora- investigadora de tiempo completo en el Departamento de Humanidades de la UAM-Cuajimalpa desde 2007 y es miembro del Padrón de Tutores de Posgrado en Filosofía de la FFYL-UNAM. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7226-6527>

Contacto: zenia.yebenes@gmail.com

Cómo citar: Yébenes Escardó, Z. (2023). El conocimiento secret(e)ado. La producción social de la opacidad y el secreto. *Revista Stultifera*, 6(2), 95-116. DOI: 10.4206/rev.stultifera.2023.v6n2-05.

of a mode of social knowledge, secreted knowledge, to explore the collective production of opacity and secrecy. The article is divided into four sections. In the first, I briefly introduce the reader to the notion of secreted knowledge that will be developed throughout the article and ask about its relationship with knowledge based on objective criteria and on evaluation through distance. In the second, we enter the La Merced market to understand its characteristics and dynamics. In the third, we observe the forms of manifestation and production of secreted knowledge: the “vibras”, the “veintes” and the ones linked to rumors, witchcraft and dreams. Finally, we consider why this secret knowledge would be a realistic knowledge although it would be a dark realism.

Key Words: rumor, dream, witchcraft, epistemology, time.

El concepto de conocimiento está vinculado en el imaginario popular con afanes tan acuciantes como la búsqueda de la verdad. En contra de esta reificación del conocimiento a través de oposiciones entre verdad y falsedad que existirían como si fueran cosas, con independencia de las personas, mi propósito es mostrar otro modo de conocimiento que se *secret(e)a* en la vida cotidiana y que tiene que ver con algo distinto. El verbo *secretar* significa segregar o exudar una sustancia. Pero *secretar*, más allá del diccionario, me remite asimismo a *secretar*, a la *acción de producir secretos*. Este modo de conocimiento *secret(e)ado*, es distinto del mero conocimiento de los atributos de un objeto. No es tampoco un conocimiento neutro, dentro de una realidad que pueda mantenerse estable. Para el conocimiento *secret(e)ado*, la realidad no es algo que podamos observar ante nosotros o algo que desde el exterior irrumpa para perturbarnos, sino que la realidad existe envolviéndonos como una *atmósfera*. La realidad está profundamente arraigada en el contexto, si entendemos este no solo como un marco externo que se asegura mediante una relación indexada con marcadores de tiempo y espacio sino más bien como el telar cuyo patrón solo se discierne desde dentro de la tela que se está tejiendo (Das, 2021, p. 20). El conocimiento *secret(e)ado* se refiere a un modo de conocer la realidad que la *segrega como atmósfera* y que, simultáneamente, *produce un secreto* acerca de ella. Este conocimiento *secret(e)ado* alude a las formas en las que la realidad se presenta como cargada de una ambigüedad y una ambivalencia que puede llegar a ser insoportable y en la que a menudo se produce a través de las proyecciones especulares de un enemigo amenazante. Estas páginas se escriben a raíz de un trabajo de campo de largo aliento que inició en 2018. Efectivamente, a partir de una investigación sobre sufrimiento social, y

ansiedad conocí, en el Hospital Nacional de Psiquiatría, a un extrabajador del mercado de La Merced diagnosticado con ansiedad severa, que me introdujo a su red de contactos donde otros trabajadores y extrabajadores sufrían de distintos trastornos vinculados a esta. Al haber vivido unos años con una familia dedicada al comercio ambulante y en una zona aledaña, establecí vínculos con algunos de los trabajadores ambulantes y trabajadores de los locales.¹ Esta vinculación me llevó por veredas insospechadas.

En 2019, más de mil locales resultaron con pérdidas totales en los mercados de la Merced y San Cosme de la Ciudad de México cuando en vísperas de Navidad —sin que el gobierno hubiese hecho entrega de los locales afectados por el incendio en La Merced en 2013— se produjo otro incendio. Los propietarios o arrendatarios de los locales, y quienes trabajaban en ellos como chalanos o ayudantes, advertían que no se podían reinstalar en ningún otro sitio, porque las afueras del mercado estaban repletas de vendedores ambulantes. Para vender a las afueras, tendrían que acordar un precio por el pedazo de banqueta que ocupase con una corporación de ambulantes o una mafia local. Los locatarios se rehusaron entonces a que el gobierno de la Ciudad de México acordonara la zona del incendio y los dejara fuera de la limpieza del lugar. Era la desconfianza a que, con el pretexto de llevarla a cabo, el gobierno de la alcaldía se quedara con los puestos.² La misma desconfianza provocó que, a pesar del riesgo, participaran en la remoción de escombros con el piso del mercado aún encharcado por el agua de los bomberos y todo ennegrecido. La situación a inicios de 2020 ya era mala; la pandemia de COVID19 no hizo sino agravar aún más las cosas. Hubo un número significativo de decesos y vieron considerablemente mermadas las ventas.

Es en estas circunstancias —que exploraré posteriormente con mayor detalle— que cobra relevancia la noción de *conocimiento secret(e)ado*. Lo primero que hay que advertir es que el conocimiento secret(e)ado, no permite la oposición clara y distinta entre el conocimiento que reclama su autoridad sobre la base de la experiencia subjetiva y el que se basa en criterios objetivos y en la evaluación mediante el distanciamiento. Esto es visible si se presta atención al modo en que la propia subjetividad se impregna de lenguajes técnicos burocráticos y sin embargo secret(e)a otro modo de conocer en el que la realidad no se confronta directamente por mecanismos legales o institucionales, sino que se filtra en los intersticios de la vida

ordinaria. Veamos un ejemplo. Lety³, tras el incendio de 2019, vio gravemente afectado el local donde trabajaba —dedicado a vasos desechables, bolsas y artículos para fiesta— y por el momento es vendedora informal. Conoce al dedillo los peritajes que aseveran que la causa fue un cortocircuito en las instalaciones eléctricas debido a la sobrecarga y falta de mantenimiento. Me explica —con un lenguaje que domina los circuitos de la kafkiana burocracia administrativa— el proceso (tortuoso) en las oficinas de la Secretaría del Trabajo y Fomento al Empleo (STYFE).

Según el censo de la Secretaría de Desarrollo Económico de la ciudad, el incendio y las obras para rehabilitar el mercado afectaron a mil 287 locatarios. Para apoyar a los comerciantes y a sus empleados, la Secretaría del Trabajo se propuso repartir apoyos de 2600 pesos por seis meses al titular del local y a dos trabajadores. Otro apoyo económico se iba a dar al titular del local en forma de créditos con un máximo de hasta 25000 pesos con 0% de interés a pagar en 2 a 3 años dependiendo del giro. Sin embargo, no todos habían sido incluidos en el padrón, y no todos habían podido cobrar los pagos. Algunos solo habían cobrado uno; otros, dos, pero había quienes ninguno. La STYFE les anunció, sin previo aviso, que las tarjetas que les habían dado para repartir los recursos ya no iban a funcionar, y que ahora serían de otro banco. Tuvieron que volver a buscar los folios y los documentos porque, confiados en la tarjeta, muchos pensaron que ya no necesitarían los papeles y los habían perdido. Para obtener la orden de pago había que entrar a la página del STYFE e ingresar un número de folio. Con un número de folio correcto intentaron tramitar las órdenes de pago faltante, vía internet. En algunos casos, las órdenes ya habían sido cobradas. Los trabajadores que sabían, se organizaron para ayudar a otros compañeros, adultos sin conocimientos de computación, a realizar los trámites en internet para que pudieran obtener los apoyos del gobierno. Sin embargo, muchos no tenían credencial de elector; estaban en sus casas por la pandemia y sin ella no podían realizar la gestión (Contreras Camero, 2022).

El conocimiento de la legalidad burocrática y el conocimiento técnico, que permite producirse a uno mismo como “sujeto afectado” en un censo y un lenguaje de resarcimiento material del daño, coexiste con modos distintos de conocimiento como el *conocimiento secret(e)ado* capaz de exudar una atmósfera de secreto. Lety dice: “Aquí pasan muchas cosas”. Y tras una pausa añade: “y no son cosas buenas”. Juan, ayudante o chalán de otro de los locatarios, asiente. Mireya, su hermana, puntúa: “*demasiadas cosas que no son buenas*”. Algunos locatarios señalan, bajando la voz, que el incendio

sirvió “para controlar el mercado”. Lo que se secret(e)a es una atmósfera que permite *conocer* cómo el incendio está relacionado con el día a día del mercado, con sus dinámicas y relaciones de fuerza, pero que, en ese conocimiento, *produce más opacidad*. Veámoslo detenidamente.

El camión y la catedral, lo visible y lo invisible

En el barrio de la Merced en Ciudad de México, los camiones regurgitan ropa, atados de juguetes, montañas de calzado, herramientas, juguetes, tenis. Nuevo o usado. De todo hay. El motor ruge. La multitud que apenas hace unos segundos ocupa toda la acera se pega a las paredes. El camión, finalmente, cruza, y la gente, con vivacidad y resolución, vuelve a ocupar todo el espacio. En los alrededores de las naves se forman callejuelas de puestos que obstruyen parte de la luz; para caminar en ellos es preciso esquivar el océano de ambulantes, letreros y personas que salen como ramas de cada uno de los locales. La historia del mercado de La Merced es la historia de una obsesión inútil: la de hacer avanzar la mercancía y contener el desbordamiento de los cuerpos.

Primero fue el mercado de El Parián (siglo XVII), después El Volador (siglo XVIII), ambos situados ya en el perímetro de la actual zona de La Merced. El mercado se construye en 1880 para contener a El Volador. Como el barrio, debe su nombre al hecho de haber sido erigido en el predio del antiguo convento de los mercedarios, fundado en el siglo XVIII. Hasta 1957 constituye el núcleo del abasto en la Ciudad. En la segunda mitad del siglo XX se llevan a cabo dos medidas decisivas: una es la apertura de la Avenida Circunvalación. La otra es el traslado del mercado (nuevamente desbordado) del “primer cuadro” a la zona de la actual Delegación Venustiano Carranza (1957), donde se construyen cinco secciones: Nave mayor, Nave menor, Anexo, Flores y Comidas; a estos se suman el mercado de dulces y después el llamado Banquetón (Álvarez Enríquez y San Juan, 2016, p.4).

En la misma década se construyen también, cerca de allí, los mercados de Mixcalco y Sonora. Las políticas de estos años se traducen en “una fragmentación del barrio y en una clara diferenciación socioeconómica de sus dos mitades: la Merced ‘rica’: el antiguo barrio, resguardado en la Delegación Cuauhtémoc, y La Merced ‘pobre’, en el seno de la Delegación Venustiano Carranza” (Álvarez Enríquez y San Juan, 2016, p.4). La posterior descentralización de la actividad comercial de La Merced, para evitar una vez más su desbordamiento, supuso la construcción de la Central

de Abastos (1982). Hasta entonces, el mercado se había caracterizado por vender frutas y verduras, chiles secos y hortalizas. La construcción de la Central de Abastos (uno de los mercados de productos frescos más grandes del mundo), en la Delegación Iztapalapa, en el oriente de la Ciudad de México, forzó a los vendedores de La Merced a tener que transportarse para poder proveerse. Muchos tuvieron que cambiar de giro. Los vendedores más antiguos todavía se refieren a la construcción de la Central de Abastos como una traición.

Desde los años noventa —fruto de los pactos políticos con sus organizaciones en aras de la obtención de votos— se ordena y regulariza el comercio informal en distintos corredores y plazas (Delgadillo, 2016). Sin embargo, nuevos cuerpos, indóciles, se siguen expandiendo y peleando un lugar en la banqueta para vender. Una mujer pasea un carrito de supermercado cargado de zapatos desparejados e inverosímiles; hay mesitas precarias con sándwiches y cocteles de fruta o mantas en el piso en las que se despliegan cucharas desvencijadas, falsificaciones dudosas de ropa deportiva, calcetas, agujetas y diademas y ligas para el cabello. El *chachareo* (la compraventa de cualquier cosa, en cualquier estado) es, de hecho, la profesión a la que cada día se dedican más y más mexicanos. Quienes venden y quienes compran están más o menos nivelados en sus consumos, remachados por sus límites económicos.

La Merced es un barrio comercial y no habitacional. Las manzanas más despobladas son las que circundan los mercados. No hay espacio para nada, que no sea la compraventa. La mayor parte de la población que compra y consume en el mercado se ubica en niveles de bajo ingreso (Urrieta y Tena, 2009). En la zona hay una fuerte demanda territorial y de locales comerciales. Se genera trabajo terciario e informal, hay fuertes ganancias y se produce una plusvalía considerable; pero esto, ha significado la presencia de despojo y desplazamiento, extorsiones y cobros de piso; sentencia, con precisión brutal, la forma en que se distribuye mucho más que solo la riqueza: *Todos saben, nadie supo*.

Michael Taussig —siguiendo a una tradición de pensadores que incluye a Simmel y a Canetti y que se pregunta por el secreto social— advierte que hay secretos que se ocultan al público y luego están los “secretos públicos”: secretos que el público decide mantener a salvo de sí mismo, como en el “no preguntes, no digas”. El secreto público consiste en saber *lo que no debes saber*. Esta es la forma más poderosa de conocimiento social (Taussig, 1999). Los secretos, o lo excluido de lo que se debe saber,

trazan *la topografía del poder*. En La Merced, eso que todo el mundo sabe de lo que no debe saber se vincula con la extorsión, el crimen organizado y los negocios de trata y explotación sexual. Por ejemplo, se rumora que la Unión Tepito —cártel local— había ido cobrando más fuerza entre los comerciantes del lugar, aunque tienen encima a la policía y a otros rivales. Nadie habla de ello sino muy veladamente. Uno de los *diablos*⁴, de manera imprecisa y casual, deja caer otros nombres: “Los Duarte” o “Los Vega”. Entiendo que habla de grupos que controlan el ambulante. En cualquier caso, las extorsiones los alcanzan a todos. Ese diablo —probablemente el trabajador más humilde de un mercado— paga 10 pesos diarios. Y un puesto deberá entregar 100 pesos por “derecho de piso”. Otros locales mejor provistos pueden llegar a pagar 5000 o 10000 pesos a la semana. El comercio impregna absolutamente todo. Lucía Álvarez Enríquez y Luis Eteberto San Juan citan a Anna Elena López, que vive en el barrio:

El año o las estaciones del año no están marcadas porque llueva o porque haga calor [...] sino porque un mes, dos meses antes empiezan a vender lo del 14 de febrero [...] ya viene la época de clases, de un cambio de ciclo a otro, porque empieza el 15 de septiembre, porque empieza el día de muertos, porque viene Navidad, luego vienen los niños Dios y así te sigues todo el año, entonces ves cómo cambian los aparadores y ese es tu cambio de estación. (Álvarez Enríquez y San Juan, 2016, p.1)

La gran mayoría participa dentro del sector terciario: actividades comerciales y de servicios. Hay comerciantes formales e informales, sexoservidoras, manufactureros, bodegueros etc. Hay comercio al mayoreo, pero también existe en la modalidad al menudeo; hay comercio especializado y comercio mixto; lo hay establecido y ambulante. El veloz movimiento de manos con que se eligen o descartan productos señala el ojo experto de quienes van a abastecerse. Ya en las colonias de las que provienen, volverán a comercializar la mercancía en un ciclo de venta y reventa que durará hasta su desintegración.

Existe una delicada jerarquía entre los que tienen puestos interiores permanentes, los puestos exteriores temporales y los que venden sus mercancías en la calle. Los locatarios, o propietarios o rentistas de puestos interiores permanentes, denuncian que los múltiples puestos exteriores y los vendedores ambulantes ocupan las áreas de carga y descarga, que azolvan los drenajes por la basura que dejan en la calle; que se roban la luz; cocinan con tanques de gas en la vía pública; o dificultan el paso de

ambulancias, policía y bomberos (Delgadillo, 2016, p. 64). Los ambulantes reivindicán, con sus poderosas, corporativas y piramidales organizaciones (y la fuerza de persuasión que les otorga su capacidad de negociación política) su derecho al trabajo en una ciudad hostil que lo regatea (Delgadillo, 2016, pp.64-65). Los que —como el señor de Oaxaca que me desarma con su amabilidad y que, con sus sandalias o huaraches, vende *chapulines*⁵ en una cubeta en Adolfo Gurrión— no están protegidos por ningún grupo, son quienes soportan la mayor indefensión. En cualquier caso, unos y otros —y podemos incluir a policías y también a vecinos y a autoridades locales vinculadas a la alcaldía— se las arreglan para estar muy cerca unos de otros y coexistir con lo que serían sus archienemigos naturales. La cuestión es el ingeniárselas para una tregua. Lo que importa aquí es ganar tiempo, vivir “un día a la vez”. Los gestos de solidaridad se dan en una relación con el otro como aquel que también podría ser yo. Por los “otros” no entendemos a todos los demás que no son yo, aquellos frente a los que el “yo” se distingue. Se trata más bien de aquellos de los que, en su mayor parte, uno no se distingue, aquellos entre los que uno también está. Sin embargo, este otro que puedo ser yo, asimismo, no deja de ser una amenaza que hay que someter a escrutinio y vigilar con atención.

Las organizaciones corporativas y piramidales controlan a los de los puestos y, a través del celular y de las motocicletas, transmiten y avisan cuando la policía se acerca. El narcomenudeo y la *fayuca*⁶ incrementan operativos ocasionales en la zona. El avance de la mercancía hace imposible la contención de los cuerpos que compran y venden desde dulces, hasta sexo. En los alrededores se ejerce una sexualidad sórdida que también incluye la trata y explotación de menores de edad y que se ejerce en alguno de los muchos hoteles de paso y cuartuchos que hay. Durante cada interacción, se advierte la mirada atenta de los *halcones* (personas cuyo trabajo es ser los ojos y los oídos en las calles) que, de uno u otro modo, se hace palpable. Los vendedores ambulantes, la policía y los adolescentes del vecindario que merodean en la esquina sirven como halcones. Pero también lo hacen algunas de las mujeres más experimentadas, conocidas como *madrotas*, que desde sus puestos de *ropa de paca*⁷ también desempeñan una especie de función gerencial. Gran cantidad de población marginal (indigentes, niños de la calle, adictos a las drogas) encuentra, en los intrincados recovecos del laberinto del mercado, intersticios y formas inusitadas de sobrevivencia que existen al margen, sujetas al despiadado azar de los camiones y la meteorología.

El neoliberalismo, la sumisión de todo y todos a los imperativos de mercado, no es una política única, respaldada por el estado, impuesta a una población, como a menudo se teoriza (Harvey, 2007). Más bien, también se produce “desde abajo” y, como tal, se arraiga en cuerpos, territorios y prácticas específicas. Verónica Gago argumenta que, paradójicamente, el neoliberalismo persiste bajo proyectos progresistas y neodesarrollistas, precisamente porque el estado no ha logrado garantizar la participación en la economía formal, optando en cambio por incorporar las prácticas económicas informales. La pervivencia del neoliberalismo radica en su capacidad para mutar y transformar una variedad de relaciones políticas, económicas y culturales a través de prácticas de microemprendimiento y cálculo estratégico (Gago, 2014). El mercado de La Merced es una “economía barroca” que garantiza las condiciones para su propia reproducción social a través de la organización y capacitación de una fuerza laboral numerosa y flexible, proporcionando un “saber hacer” para navegar en una economía informal. El mercado, en ciertos casos, también ofusca la división entre reproducción social y trabajo asalariado al operar a través de redes familiares; sin embargo, a diferencia de la aseveración de Gago en torno a economías neobarrocas que usan al neoliberalismo *tácticamente* a la vez que lo ponen en crisis de manera intermitente pero recursiva, hay que cuestionar si en La Merced se lo pone *tácticamente* en crisis.

En primer lugar, es cierto que persisten algunos monopolios de giros asociados a familias de larga tradición (fabricación de figuras de Niños Dios, textiles, etcétera); sin embargo, la mercancía “china” o la “fayuca” ha entrado en competencia con los giros tradicionales y han tendido a desplazar a algunos de ellos (un caso paradigmático es el de las semillas y los chiles secos [Álvarez Enríquez y San Juan, 2016, p. 8]). En segundo lugar, el reciclaje permanente de población y de giros comerciales en una zona con un fuerte dinamismo comercial y económico propicia la primacía de un alto nivel de competencia por el espacio y los negocios entre los distintos tipos de población, lo que una vez más vuelve a poner en escena la cuestión de la extorsión que a veces se asocia con la sustitución de un giro por otro. Más que observar una puesta en crisis, lo que veo es la capacidad del capital para incorporar lógicas opuestas, temporalidades múltiples y prácticas diversas, desafiándonos a imaginar nuevas formas de cambio social más allá de las iniciativas dirigidas por el estado o por proyectos políticos al uso. La Merced se rige por el cálculo implacable del comercio, pero es cierto que a diferencia del *mall*—donde hasta el clima está rigurosamente regulado y no

se puede tomar una cerveza en un sitio no previsto para ello (Sarlo, 2009)—no puede expulsar ni el telón urbano, ni la temporalidad en la que se inserta la mercancía, ni la deriva imprecisa y llena de redes abiertas de la Ciudad de México.

El laberinto del mercado, si se sigue con tesón, acababa arrojando al interior de la nave mayor. Si el camión que transporta las toneladas de mercancía por calles inverosímiles obliga a los cuerpos a pegarse a la pared y cederle el espacio, la Nave Mayor de La Merced —en reconstrucción por el incendio de 2019— puede verse como una catedral de los tiempos, la Catedral del Mercado (con mayúsculas) en la que la altura del edificio empuja a los marchantes (Mendoza Ovando, 2021). Hay un discreto altar de la Santa Muerte que sostienen los comerciantes de la zona, muy cerca de la puerta 1; destacan las ofrendas de cigarros y tabacos puestos de cabeza. A pesar de que las calles aledañas albergan bastante basura, la casita de vidrio donde está la Santa Muerte (figura de culto que la personifica bajo la imagen de un esqueleto) se encuentra muy limpiecita con flores y manzanas frescas. Mi resumen de innumerables horas de *chalt*⁸ apunta a una imagen en la que se levantan altares callejeros para pagar una *manda*⁹. Los altares callejeros se vuelven notoriamente rentables cuando se combinan con una pequeña tienda que vende artefactos, velas votivas y servicios (por ejemplo, *limpias*¹⁰). En su cercanía al Mercado Sonora (principal abastecedor de productos esotéricos) el metro que conduce a La Merced sale directamente al mercado, justo afuera de lo que era el puesto de la Hermandad de Brujas de Veracruz, donde se podía recibir una limpieza espiritual a los pies de Jesucristo y la Santa Muerte.

Las desposesiones *visibles* que la gente de La Merced experimenta día a día son vinculadas no solo a las personas de carne y hueso que son capaces de reconocer, sino a *lógicas invisibles* que hacen que estas personas puedan adquirir un poder tan arbitrario como inusitado, que puede desposeer a otros en un abrir y cerrar de ojos. Los actores de carne y hueso en realidad sirven a figuras más sombrías que les ayudan a efectuar una acumulación desigual y excluyente de la riqueza. Michael Taussig advierte cómo este movimiento, que va de lo visible a lo invisible, es asimismo realizado desde la antropología y las ciencias sociales cuando, a partir de la herencia de Durkheim, contemplan el hecho social como *cosa* que a su vez es un tejido moral y que acaba en la *Sociedad* fetichizada. La primera representación social —recordemos *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912)— tiene ecos ineludiblemente místicos y es, para Durkheim,

el *tótem*. La Sociedad opera para las ciencias sociales como un *deus ex machina* que permite explicar los acontecimientos visibles a partir de una entidad soberana e invisible a la que llamamos precisamente así: la Sociedad (Taussig, 1995, p. 157).

Ya he advertido de la alta volatibilidad comercial de la zona, que supone la lucha por los locales, el cambio de negocios y el desplazamiento de familias y personas sin previo aviso, y he señalado cómo actores en disputa conviven “para ganar tiempo”. Las personas adoran a los santos por protección y prosperidad y, por eso, el altar de la fe puede coexistir perfectamente con el negocio de velas y limpias. Entre sus protectores se encuentran La Santa Muerte, San Judas Tadeo, la Virgen de San Juan de Los Lagos y El Señor de Chalma. Santos conocidos de la santería cubana (Oyá, Elegwa, Shango, Yemayá, Olukun, etc.) también se encuentran en altares públicos. Las personas socializan con santos, como lo hacen entre ellos y con las autoridades, sabiendo que unos pueden volverse en contra de otros (Kristensen, 2011).

La Merced es un lugar estigmatizado como peligroso. Para algunos de los que allí trabajan lo que corresponde es buscar protección en el corazón del peligro. “La muerte es lo que más se ve y es lo único seguro” —comentan cuando les pregunto sobre la devoción a la Santa Muerte— “¿A quién mejor pedirle por tu vida?” En el Mercado todo se negocia, incluida la vida y lo que la hace posible. Se negocia por lo que hace la vida posible con los poderes *visibles* más concretos (otros ambulantes o locatarios, autoridades, policías), pero las vírgenes y santos permiten —como permite a los herederos de Durkheim la *Sociedad* (con mayúscula)— lidiar con las características *invisibles* que estructuran la realidad y el poder. En este caso, estas características invisibles se ciñen a lógicas y a fuerzas sombrías que incluyen —pero van más allá de— los actores concretos con los que conviven día a día.

El mercado, capaz de diversificarse en el *mall*, el *Shopping* o en el *tianguis*¹¹, ha logrado en La Merced resistir los embates de incendios, terremotos, proyectos de modernización frustrada¹² y tiendas de autoservicio, abiertas las veinticuatro horas. Lo ha hecho porque, arraigada en la vivacidad y la fuerza de los mismos cuerpos que aplasta contra la pared, se sigue desbordando continuamente a sí mismo en el ajeteo activo y apresurado que la compraventa impone. Como si el exceso barroco se extendiera más allá de cualquier frontera que anhelara contenerlo, y el

mercado, en sus distintas manifestaciones, se desbordara como regla en todo el campo social.

Sueños y rumores

¿Cómo caracterizar al conocimiento secret(e)ado? Habría que comenzar por señalar que es todo nervios, piel y superficie. La atmósfera que la realidad es se percibe a nivel de nervios y piel en estímulos que se traducen en imágenes de la realidad *en las que se está, en las que se entra* y que, a su vez, contribuyen a producir la atmósfera que las suscita. Estas imágenes permiten ubicar instantáneamente y dar cuenta, como una totalidad, de lo que, de manera compleja, fragmentaria y recurrente, todos de una u otra forma (re)conocen porque los envuelve. Mi impresión a medida que compartí en La Merced zozobras, fiestas de cumpleaños, aniversarios y peregrinaciones, es que, solo al tiempo que iba teniendo una relación de mayor proximidad, la densidad de la atmósfera se me hizo más evidente. Todos estamos envueltos por una atmósfera, y algunas son más densas y opacas que otras. Entrar en la imagen del conocimiento secret(e)ado por el mercado es entrar en una red de alusiones y en un juego de espejos. El conocimiento secret(e)ado circula a través de “*vibras*” (las sensaciones o sentimientos instintivos que percibe una persona como emanados de otra, de un lugar, o de un objeto) o de que “*te caiga el veinte*” (el acto de captar o entender algo). En ambos casos se trata del estado social de la contradicción en la cual uno pasa de ver la situación como normal para luego sentir el impacto de la reorientación de su mirada, por algún incidente o sensación.

En la volatilidad del mercado en la que giros cambian, hay extorsiones, disputas entre distintas fuerzas, y personas son desplazadas y expulsadas de un momento a otro, cualquier cambio es potencialmente amenazador y se percibe de inmediato: desde un cambio en la “*vibra*” de algún lugar o persona, hasta que te “*caiga un veinte*” con respecto a una actitud distinta o a que alguien muestre o exhiba tener algo (calzado, ropa, joyería) que no tenía. En la imagen de la atmósfera envolvente a la que se entra, *siempre hay alguien viendo*. El *halcón es una figura omnipresente*. Más de una vez constaté, en mitad de conversaciones casuales e incluso chistes, que se advertía cualquier cambio en mi rutina con respecto a las personas con las que hablaba, mi aspecto o lo que llevaba puesto. La sensación de vigilancia de todos hacia todos, el no saber para qué y el no poder fijar la figura de los *halcones*, que podían ser todos o ninguno, contribuía a cargar la atmósfera.

El conocimiento secret(e)ado circula también a través de los *sueños* y de los *rumores*. Nicolás, el esposo de Lety, contó que unas semanas antes del incendio de 2019 había soñado que el local se inundaba y “después” —añadía— “ahí estaba yo, con el piso encharcado por los bomberos”. Ramón, uno de los chalanos, advirtió entonces que él había soñado que en La Nave Mayor arrojaban toneladas y toneladas de basura y que su puesto desaparecía. Karen, comadre de Lety, señaló que ella había sentido que se asfixiaba en la noche unos días antes y que se había despertado porque le faltaba el aire. Se lo había contado a Lety antes del incendio: “¿Te acuerdas comadre?”. Hay que recordar que Charlotte Beradt recogió unos trescientos relatos de sueños de hombres y mujeres en Berlín entre 1933 y 1939, produciendo un verdadero “sismógrafo” de los estragos del nazismo, incluso en sus sueños. El libro de Beradt, *El Tercer Reich de los sueños*, representa la primera y más literal ilustración de lo que suele describirse metafóricamente como la “pesadilla de la historia” (Berardt, 2021). No se trata, entonces, de descifrar el sueño sino más bien de ver cómo el sueño secret(e)a una atmósfera. Por un lado, al transmitir el sueño a otros, sensaciones e impresiones fragmentarias que todos advierten se articulan en la totalidad de una imagen. Al hacerlo, el conocimiento secret(e)ado por los sueños permite ubicar dónde se está parado. Por otro lado, al transmitirse la totalidad de una imagen de amenaza y la incertidumbre se contribuye, en cierto modo, a producir la amenaza y la incertidumbre. Los sueños a los que Nicolás, Ramón y Karen aluden no se dirigen a evitar algo, sino a transmitir y a secret(e)ar la amenaza misma.

Homi Bhabha aisló hábilmente dos aspectos del *rumor* del análisis de Guha (1999), que considera importantes para construir una teoría general del rumor, otra forma de operar del conocimiento secret(e)ado. Se trata de su aspecto enunciativo y de su aspecto performativo. “La indeterminación del rumor” —dice— “constituye su importancia como discurso social. Su adhesividad comunal intersubjetiva yace en su aspecto enunciativo. Su poder performativo de circulación resulta en la difusión contagiosa, un impulso casi incontrolable de pasarlo a otra persona” (Bhabha, 2002, p. 243). Lo que es común en el despliegue de los rumores es la fuerza de las palabras, su capacidad de hacer algo diciendo algo, a través de la cual las palabras pasan de ser un medio de comunicación a convertirse en portadoras de fuerza. El rumor está concebido para propagarse. Así, si bien es cierto que en el discurso de las élites las imágenes de contagio e infección se utilizan para denigrar el rumor “de abajo”, no es simplemente una

cuestión de incomprensión de las formas de comunicación subalternas: también habla de la transformación del lenguaje, es decir, de que, en lugar de un medio de comunicación, el lenguaje en esos casos se vuelve comunicable, infeccioso, haciendo que las cosas sucedan casi como si hubieran sucedido. Asimismo, se crea un efecto de realidad poderoso mediante el anclaje de una hebra concreta de historias más densas del pasado.

El rumor de que el incendio sirvió “para controlar el mercado” circulaba con fuerza. Juan recordaba el largo rosario de tragedias que rodean a La Merced. En 1988, un puesto de dulces que además ofertaba fuegos artificiales explotó, dejando como saldo 60 personas fallecidas. “Se dice” —comentaba Juan— “que quienes se quedan en la noche en el mercado todavía los escuchan gritar”, y añadía: “desde que empezó el mercado, puras historias *densas*”. Diez años después, dos terceras partes del mercado se vieron destruidas a causa de un fuego que no se controló a tiempo. En 2013 nuevamente se incendió gran parte de la nave principal; el 24 de diciembre de 2019 se produjo el último incendio. A todo ello se suma que, ocasionalmente, hay incendios en las bodegas que se atribuyen a la extorsión. Según distintas versiones, quienes querían controlar La Merced lo hacían a través de personas concretas, con nombre y apellido y que trabajan ahí, pero estaban vinculadas ya fuera con la alcaldía, intereses de gentrificación y modernización, distintas facciones políticas o con distintas corporaciones y grupos de extorsionadores. Sin embargo, a su vez, estas figuras locales representaban, no solo formas de poder concreto, sino lógicas invisibles y oscuras que las excedían.

Lety, Mireya, Juan, Karen, Servando, Rafa, Nicolás..., todos ellos conocían rumores que vinculaban la historia de los incendios del mercado con los modos en los que, en relación con las personas concretas sospechosas, había episodios de velas negras y animales muertos días antes o basura colocada en los altares. Por ejemplo, señalaban que una de las *madrotas* del mercado trabajaba para la alcaldía en connivencia con un grupo de extorsionadores y controlaba a las sexoservidoras de la calle porque estas temían que les pudiera hacer daño porque sabía hacer “*trabajos*”.¹³ Conocían historias que decían que, días antes del incendio, se había hallado tierra de panteón, una vela negra y tripas de pollo, en una de las calles aledañas a la Nave Mayor, y señalaban a un responsable y a sus supuestos nexos con una corporación de ambulantes. En estos rumores la alusión a la brujería no indicaba adscripción cultural o cosmológica, ni

prácticas rigurosamente delimitadas. Lo que estaba en juego era el cómo protegerse de una amenaza y de un peligro radical, en esa zona de penumbra en la que es difícil saber si era más seguro confiar en los rumores o en las versiones oficiales de los hechos. En los rumores, La Merced aparecía como un lugar de acumulación y desposesión simultánea, un lugar de poder que atraía intereses siniestros y en el cual uno estaba incesantemente en riesgo.

El conocimiento secret(e)ado en los rumores exudaba una atmósfera en la que era posible advertir, *a nivel de piel*, que el peligro y la amenaza no se agotaban en los actores concretos que hipotéticamente la materializaban, sino que estos eran solo parte de poderes y lógicas que no se alcanzaban a ver. En este sentido, la brujería engendraba una comprensión de las redes e intercambios invisibles de poder que producían las formas concretas de despojo y desposesión. Ahora bien, los actores a los que se aludía eran personas de carne y hueso y no encarnaciones directas de las imágenes que se habían creado sobre ellos. El conocimiento secret(e)ado es un modo de conocer la realidad que *la segrega como atmósfera, pero no es el único modo de conocimiento posible ni agota la realidad*. En la atmósfera del incendio los rumores estaban marcados por imágenes difusas del pasado inconcluso, vaciando al otro de subjetividad, y poblando el mundo de una fantasmagoría de sombras. En el incendio de 2019, las imágenes pudieron haber tomado una forma volátil provocando un escenario de violencia contra personas concretas, en el que lo peor se volviera no solo posible, sino también probable.

En este caso, sin embargo, los rumores de brujería parecieron congelar una imagen de la realidad en la que una tensión enorme yacía quieta bajo la superficie para “ganar tiempo”. Efectivamente, en los rumores de brujería, las redes e intercambios invisibles de poder que producían las formas concretas de despojo y desposesión *se desplazaron del espacio al tiempo*. Si la disputa en el mercado por los locales y el control territorial señalaban un conflicto *espacial*, la tensión espacial en el mercado se congeló y no se precipitó en un conflicto territorial abierto capaz de hacer saltar por los aires la precariedad de la convivencia. El conflicto trabajaba en lo oculto, requería tiempo. Era el tiempo ritual el que tenía que hacer su trabajo a través de rosarios a la Santa Muerte, *limpias*, peregrinaciones o mandas, que aseguraran la protección y el favor del santo y ayudaran a revertir cualquier envidia o daño. “Ya fui con alguien que cura, estoy haciendo

limpias” era una respuesta habitual cuando yo preguntaba si, ante la sospecha, habían hecho algo en concreto.

La brujería permitía imaginar todas las fuerzas que afectaban la vida de alguien y sobre las que no se tiene control, y unificarlas a partir de una experiencia siempre inevitablemente fragmentada. Permitía una estimación y articulación y redefinición de las relaciones de poder en uno mismo y con los demás. Mireya me contó cómo uno de los chalanos había ayudado con la lona de su puesto a una señora que le hacía brujería, para que esta no sospechara que él sabía y que a su vez se estaba “protegiendo” con un *curandero*. Era un trabajo delicado no reconocer esos sentimientos de rencor, celos e indignación en la vida del mercado en aras de “ganar tiempo”. Como si el tiempo se paralizara en *el tic tac* de una bomba de relojería.

Las evitaciones y evasiones resultantes, combinadas con cortesías cara a cara, se expresaban, en las relaciones interpersonales, en lo que Mireya y muchos sintetizaban en una frase: “caras vemos... corazones no sabemos”. En estos movimientos siempre se producía un desdoblamiento de la realidad, en el que lo crucial para la supervivencia era entendido por muchos como hallar una tregua en una atmósfera cuya tensa movilidad “no autorizaba descanso alguno” (Taussig, 1995, p. 24). En La Merced, personas que, para los extraños, son nominalmente considerados archienemigos se encuentran —como he señalado con anterioridad— conviviendo muy cerca unas de otras. Pueden hacerlo, sin chocar violentamente, por su capacidad de posponer su antagonismo. Los resentimientos no se quedan atrás, sino que se desplazan temporalmente hacia el futuro. Esto permite entender la enemistad como algo que no es ajeno al mercado, y vincularla a los otros de carne y hueso que, a su vez, articulan lógicas invisibles y siniestras que los exceden. Que los otros de carne hueso articulen fuerzas que van más allá de sí mismos permite, en este caso, desplazar el antagonismo directo en los pasillos del mercado, para trasladarlo al tiempo ritual. Ahora bien, la imagen que propagaban los rumores de brujería entre lo que se ve y lo que no se ve de aquellos con los que día a día se convive, irremisiblemente, produce aún más opacidad.

Un realismo oscuro

En el peritaje del incendio de 2019 no se encontró gasolina ni ningún indicio de que el incendio hubiera sido provocado y no producto de la sobrecarga eléctrica por el exceso de puestos colgados de la luz y de fallas en el mantenimiento. Lety no discute los resultados del peritaje. No alude a otras

posibles versiones en las que se estuviera ocultando la presencia de gasolina o algún otro indicio. Su respuesta y la de otros trabajadores es: “sí, ya sé, pero...”. La suma de incendios, las extorsiones, la volatilidad del mercado, la pandemia que mermó las ventas y en la que hubo fallecidos, lo tortuoso del censo de afectados y el registro burocrático se condensa en una frase: “es que aquí pasan *demasiadas* cosas, y no son buenas”.

El conocimiento secret(e)ado crea un modo de saber que no cuestiona directamente la producción gubernamental del conocimiento público del incendio, pero produce otro conocimiento. El conocimiento secret(e)ado nos permite enfocar las formas en que podemos evitar la trampa de los binarios como el conocimiento y la ignorancia, la verdad y la falsedad, la certeza y la incertidumbre. Es precisamente la coexistencia de los estados cognitivos opuestos lo que produce la atmósfera de oscuridad que el conocimiento secretado —a diferencia de las concepciones tradicionales del conocimiento que se caracterizan por la claridad y la distinción— segrega (Kyriakides, 2016).

En las redes sociales se hizo muy popular un video en el que una señora que vende productos para *limpias* en un mercado se burla de sus propios clientes advirtiéndolo: “Puras creencias de gente pendeja”. Lety, Mireya, Don Juan, Karen, Servando..., todos ellos podrían hacer una broma parecida y sin embargo sostener que hay “algo” invisible, oscuro y secreto en La Merced. El conocimiento secret(e)ado segrega una atmósfera que produce el desdibujamiento entre el saber y el no saber. La opacidad y el secreto, como estados de peligro y confusión, emergen de la autoconciencia de la comprensión incompleta y nublada del mundo (el no saber) y de una comprensión abrupta de que se está envuelto en una atmósfera *profundamente* dañina y amenazadora (el saber). Este desdibujamiento, *no solo transmite, sino que contribuye a producir* la atmósfera de oscuridad que a su vez hace que todo pueda ser posible.

El conocimiento secret(e)ado contradice una ontología de un sujeto social transparente, es decir, un sujeto que tiene una comprensión y una percepción completa y racionalizada de un campo social. La imagen de una atmósfera secreta y opaca se desarrolla a partir de un reconocimiento subjetivo de la ambivalencia y opacidad del mundo y de las relaciones sociales. El conocimiento secret(e)ado es, pues, de un realismo oscuro. Cuando suceden “demasiadas cosas y ninguna buena”, constatamos los límites de nuestro conocimiento. El conocimiento secret(e)ado recoge esta

atmósfera de amenaza e incertidumbre y, al hacerlo, modela una imagen de la realidad en la que la clave *última* de lo que daña siempre se escapa al sujeto, es opaca, solo se sospecha. La sospecha, a su vez, alimenta la opacidad y el secreto de forma que envuelven, casi de manera tangible. En esta coyuntura entre la certidumbre y la indeterminación, entre los límites del conocimiento y la certeza de la amenaza que puede manifestarse bajo toda suerte de arreglos socioculturales, cualquiera puede dejarse arrastrar por los rumores sobre lo secreto y lo oculto.

El conocimiento secret(e)ado segrega un violento enredo en el que es como si todos los involucrados estuvieran en una habitación oscura donde los oponentes pueden en cualquier momento emboscar o ser emboscados. Como dice Servando: “Aquí hay que cuidarse de todos y de todo, pero hay que saber en qué momentos de unos y en qué momentos de otros”. En esas circunstancias, la claridad y la certeza no pueden permitirse: si se adoptan, ponen en peligro. El conocimiento secret(e)ado transmite, a nivel de nervios, de piel, de superficie, la imagen de la atmósfera densa y opaca en la que se está envuelto. En este movimiento produce y reifica, sin embargo, la misma opacidad y densidad de la atmósfera que transmite como una realidad sofocante, asfixiante, cargada de humo. *Como en un incendio.*

Reflexiones finales

En estas páginas he querido mostrar como a una realidad extremadamente volátil, como la del microcosmos del Mercado de la Merced, corresponde un tipo particular de conocimiento al que me he referido como conocimiento secret(e)ado. El conocimiento secret(e)ado versa sobre las relaciones, sobre la vida psíquica y la vulnerabilidad del poder. Detecta, asimismo, una descripción profunda de la naturaleza de la vida social y su relación con el conocimiento antropológico. Los eventos específicos a través de los cuales nos encontramos con el conocimiento secret(e)ado son diferentes, sin duda, pero revelan contundentemente nuestra vulnerabilidad común, no solo a un mundo externo de instituciones poderosas que pueden infligir violencia y lo hacen, sino también a la aterradora comprensión de que nuestro modo de conocer para protegernos, en sí mismo, podría ser un medio para convertirnos en instrumentos de la violencia de la que nos intentamos defender. Lo crucial en el conocimiento secret(e)ado, como hemos visto, no es la oposición entre el saber y el no saber, sino los arreglos violentos a partir de los cuales emergen y se entrelazan estos dos estados cognitivos. El conocimiento secret(e)ado no es una pregunta a responder o un problema a resolver; está ligado al afecto (a la indicación de que uno está siendo afectado

por algo) y emerge, una vez más, como resultado de esos arreglos violentos en los que uno está atrapado.

Aunque asociamos el conocimiento a la claridad, este conocimiento es oscuro, porque proporciona coordenadas para orientarse en una realidad asimismo oscura y vinculada a la opacidad de lo que no vemos, el peligro y la pérdida. Describe una amenaza siempre latente que, aunque se concrete, no se agota ahí y alude, por ello, a la “vaga percepción de que algo en esto no se puede afrontar” (Favret Saada, 1980, p. 22). Es exactamente en esta instancia de peligro donde la opacidad intrínseca a la realidad se hace más explícitamente evidente en la percepción de los sujetos. El conocimiento secret(e)ado nos dirige a un hecho: que las relaciones son fundamentalmente incompletas, inciertas, ambivalentes y, en todo momento, potencialmente peligrosas (Kyriakides, 2016). En lugar de ser promulgada según los polos de la racionalidad y la irracionalidad, la proposición “Yo sé... pero aun así” es promulgada según una distinción más general y esencial entre lo que se percibe y lo que no se percibe, lo que se da en la experiencia y lo que no se da. En lugar de una ambigüedad entre los dominios de la verdad, el conocimiento secret(e)ado emerge a través de una ambigüedad en los dominios del ser: la sospecha y el reconocimiento de que, en todo momento, algo permanece invisible pero potencialmente malvado e insidiosamente abrumador. Como consecuencia, este conocimiento no tiene nada que ver con la certeza unívoca o la claridad.

El conocimiento secret(e)ado es conocimiento; permite orientarse y hacer, pero lo hace solo a costa de producir más opacidad. El conocimiento secret(e)ado me hace preguntarme si nuestras etnografías, sin cuestionar directamente la producción institucional del conocimiento antropológico, producen, quizá implícitamente y a su pesar, otro conocimiento. Me pregunto si transmiten una imagen de la atmósfera que, de manera compleja, fragmentaria y recurrente, el antropólogo (re)conoce porque lo envuelve en campo. Me pregunto por la imagen del conocimiento, en la que el antropólogo *entra* y qué significaría que, por ejemplo, en ella la Sociedad opere, en muchas ocasiones, como la entidad soberana e invisible, el *deus ex machina* que permite *explicar* lo que se ve. Quizá la clave está en el “explicar”: *explicar*, como he tratado de señalar —al contrario de lo que pensaba Evans-Pritchard (1976) a propósito de la brujería— no es lo relevante en el conocimiento secret(e)ado; lo relevante en el conocimiento secret(e)ado, más bien, es *lidiar*. Me pregunto por cómo esa imagen en la

que entramos, al hacer trabajo de campo, se muestra en nuestra etnografía y cómo esta lidia o no, *desde adentro*, con la realidad alterada, violenta y ambigua en la que vivimos, ¿O es que nuestras etnografías se agotan en “explicar”? ¿*Explicar* apelando a la Sociedad con Mayúscula es lo que hace al antropólogo cuando se enfrenta a la volatilidad, la violencia y la ambigüedad, o *explicar* es en este caso otra forma de *lidiar*? ¿Qué realidad secret(e)a, finalmente, nuestro “conocimiento”?

Notas

¹ He publicado al respecto, “Teach Us to Outgrow Our Madness: The Perils of Modern Subjectivity in Contemporary Mexico” en Laura Quintana y Nuria Sánchez Madrid, *Neoliberal Techniques of Social Suffering: Political Resistance and Critical Theory from Latin America and Spain* (en prensa).

² Esta desconfianza tuvo como resultado que en julio de 2022 el gobierno capitalino dejara sin efecto las Normas para la Regularización y Funcionamiento destinadas a impedir el uso de puentes eléctricos y otras irregularidades, ante la resistencia de los trabajadores.

³ He cambiado el nombre de todas las personas del mercado que aparecen en estas páginas.

⁴ Quien transporta carga en un diablito o carretilla de mano sin cajón.

⁵ Los chapulines son insectos comestibles.

⁶ Mercancía de contrabando con la que se comercia.

⁷ La “ropa de paca” -por la palabra package- es la ropa de segunda mano que normalmente proviene del mercado de liquidación de los Estados Unidos, y que llega a México en enormes paquetes prensados, para su distribución a un muy bajo costo.

⁸ “Echar el chal” significa conversar o “chismear” con otra persona,

⁹ La manda es una promesa o voto que se hace a Dios, a la Virgen o a un santo, si estos conceden algún favor o alguna gracia.

¹⁰ Una limpia es el acto que realizan los curanderos o los brujos, pasando un huevo o unas ramas de determinada hierba sobre el cuerpo de una persona, mientras murmuran oraciones o conjuros, con el fin de librarla o prevenirla de hechos o situaciones que la perjudican.

¹¹ Por *mall* me refiero al centro comercial, por *shopping* a las compras que pueden también hacerse en tiendas que no necesariamente están en un centro comercial o por internet. El *tianguis* es un mercado que se instala periódicamente en la calle.

¹² En su artículo ya citado, Delgadillo (2016) explora el megaproyecto de “rescate integral” del gobierno local, anunciado en 2013, que bajo el discurso de la obsolescencia promovía la “recuperación” y modernización de los mercados. El artículo destaca la oposición diferenciada de distintos comerciantes frente al megaproyecto.

¹³ “Trabajos” se utiliza aquí para referirse a rituales y prácticas de brujería asociadas a la magia negra.

Referencias

- Álvarez Enríquez, L., y San Juan, L.E. (2016). Identidad y tradición en el Barrio de la Merced en el siglo XXI. *Contemporánea. Toda la historia en el presente*, 3(6). https://contemporanea.inah.gob.mx/del_oficio/lucia_alvarez_luis_san_juan_num6
- Berardt, C. (2021). *El Tercer Reich de los sueños*, Pepitas de calabaza.
- Bhabha, H.K. (2002). A pan solo. Signos de violencia a mediados del siglo XIX. En *El lugar de la cultura* (pp. 241-256). El manantial.
- Canetti, E. (2013). *Masa y poder*. Alianza.
- Contreras Camero, A. (22 de mayo de 2020). En plena pandemia incumplen con apoyos a comerciantes de La Merced. *A pie de página*. <https://piedepagina.mx/en-plena-pandemia-incumplen-con-apoyos-a-comerciantes-de-la-merced>
- Das, V. (2021). Knowledge. En V. Das y D. Fassin (Eds.), *Words and Worlds: A Lexicon for the Dark Times* (pp.19-38). Duke University Press.
- Delgadillo, V. (2016). La disputa por los mercados de La Merced. *Alteridades*, 26(51), 57-69. <https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/view/869>
- Durkheim, É. (2012). *Las formas elementales de la vida religiosa*. FCE, UAM Cuajimalpa, UIA.
- Evans-Pritchard, E. E. (1976). *Brujería, magia y oráculos entre los azande*. Anagrama.
- Favret-Saada, J. (1980). *Deadly Words: Witchcraft in the Bocage*. Cambridge University Press.
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Tinta Limón.

- Guha, R. (1999). *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*. Duke University Press.
- Harvey, D. (2005). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal.
- Kristensen, R. (2011). *Postponing Death: Saints and Security in Mexico City*. PhD series no. 68, Denmark, Department of Anthropology, Faculty of Social Science University of Copenhagen.
- Kyriakides, T. (2016). Jeanne Favret-Saada's minimal ontology: Belief and disbelief of mystical forces, perilous conditions, and the opacity of being. *Religion and Society*, 7(1), 68-82. <https://doi.org/10.3167/arrs.2016.070105>
- Mendoza Ovando. L. (23 de septiembre de 2021). Los mundos que caben en La Merced. *Gatopardo*. <https://gatopardo.com/noticias-actuales/los-mundos-que-caben-en-la-merced/>
- Pacheco, L. E (2009). *El último mundo*. Mondadori.
- Sarlo, B. (2009). *La ciudad vista: mercancías y cultura urbana*. Siglo XXI.
- Simmel, G. (2015). *El secreto y las sociedades secretas*. Sequitur.
- Taussig, M. (1995), *Un gigante en convulsiones*. Gedisa.
- Taussig, M. (1999). *Defacement. Public Secrecy and the Labor of the Negative*. Stanford University Press.
- Urrieta, S., y Tena, R. (2009). *El barrio de La Merced. Estudio para su regeneración integral*. UACM- IPN.

REVISTA STULTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 6, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2023

ISSN 0719-983X

Presentación del dossier *Realidades alteradas, metodologías dislocadas*

Zenia Yébenes y Rodrigo Parrini

Etnografía y fantasía (pequeñas máquinas epistémicas)

Rodrigo Parrini

Humillación y vergüenza. Formas de estatalidad en un contexto de contrainsurgencia

Irene Álvarez

Violencia y fetichismo en Chenalhó: a propósito del Soberano moderno

Víctor Manuel Márquez y Aäron Moszowski

El conocimiento secret(e)ado. La producción social de la opacidad y el secreto

Zenia Yébenes

El espectáculo de matar. Posicionamientos frente a la violencia estatal estadounidense en la frontera norte de México

Rihan Yeh

Una hegemonía populista: discurso, ideología y políticas en el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner

Gastón Ángel Varesi

***Vergänglichkeit.* Una lectura comparada**

Niklas Bornhauser

Arte de frontera: lo migratorio, siniestro y psicopatológico en la pintura de Martín Ramírez

Christian Guillermo Gómez Vargas

La madre monstruosa: figuraciones de la casa y de la maternidad en *Mandíbula* de Mónica Ojeda

Helen Garnica Brocos

Bienes comunes cognitivos y gestión del conocimiento en proyectos de ciencia abierta

Santiago José Roca Petitjean

Reseña de Pommier, É. (2022). *La democracia ambiental. Preservar nuestra parte de la naturaleza*

Cristóbal Balbontin-Gallo

El reverso de occidente. Reseña de Neurath, J. (2020). *Someter a los dioses, dudar de las imágenes. Enfoques relacionales en el estudio del arte ritual amerindio*

Andrés Oseguera Montiel

Salud mental: el lugar de lo improductivo en el trabajo vivo. Reseña de Foladori, H., y Guerrero, P. (Eds.). (2021). *Trabajo, institución y salud mental*

Sergio Maureira Silva